

LADISLAO GRYCH

EL MILAGRO DE JESÚS ⁽⁸⁾

Recuerdo a mis hermanos de Metán (Salta),
con su Señor y la Virgen del Milagro.

Pero llega la hora y voy a Metán; mientras predico la Novena, la escribo;
y tendría que hablar acerca de los Sacramentos.
Me inquieta la Vivencia del Señor, y aún quiero ayudar a mis hermanos a
vivenciar la Presencia de Jesús; es que donde llega su Presencia, viene su
Obra, también aquí, en la tierra de terremotos.

PREFACIO

Las reflexiones surgen en la Novena en Metán, por la Fiestas del Señor y de la Virgen del Milagro; son para mí, como un modo de compartir lo que vivo en un pequeño espacio entre la oración y la reflexión; aún, veo la necesidad de expresarlas por escrito.

Las reflexiones giran alrededor de los Sacramentos, como un aporte para los que buscan la Presencia de Jesús, y la ven en los signos que la Iglesia comparte con generosidad, donde Él está presente en su Obra cada vez más clara; si surgen en esa tierra de terremotos, aún están escritas para cada ambiente cristiano, y lo particular del lugar sólo ayuda a buscar a Jesús hasta poder encontrarlo; es mi gran deseo.

Metán, 25 de agosto de 1993

1. MARIA ENTRÓ EN SU CASA Y LA SALUDÓ. (14 de agosto)

Mis queridos hermanos; vengo con el saludo de María, como Ella había llegado a la casa de su pariente; deseo llevar en mi corazón lo que Ella había guardado, pues su saludo está lleno de gozo, de vida.

Si Jesús vive en Ella, a quien trae y lo comparte, yo débil, no quiero venir solo, sino ofrecerles a Jesús, y a compartirlo en medio de mi pobreza.

Con el saludo de María estoy con ustedes, mientras les traigo la Gracia de Jesús.

Isabel, no bien escucha a María, percibe el impacto; el hijo se estremece en su seno; y si Jesús viene, a su Presencia no se la puede ocultar.

Ustedes lo reconocen por los frutos: han vivido su presencia y su bendición; ojalá, Jesús les llegue con mucha fuerza y lo reciban como lo había recibido Isabel de la madre María.

Entonces, que vibren con la Gracia, si el Señor lo previene de esta manera.

Pues, al llevar la Presencia de Jesús, aún la entregamos a los hermanos; nuestros gestos no están vacíos ni pueden serlo, sino que están plenos de Jesús.

Los hermanos lo presienten, reciben y gozan de su presencia; a la vez, todos estamos de fiesta.

Jesús entra en las vidas, y lo descubrimos; al ser conscientes de su Presencia, y lo llevamos en abundancia, por donde el Señor nos haga caminar.

2. LOS QUE ESCUCHAN LA PALABRA

(15 de agosto)

¿Quién escucha la Palabra del Señor?

¿No sea que Ella sólo me perturbe, en medio de las palabras casi vacías?

Y Tú, Señor, sigues esperando; mientras hago entrar a tantos en mi casa, aún esperas como un pobre que pide pan por la misericordia del Señor.

Sé, Señor, que me esperas, y tienes algo para decirme.

Pero si voy postergando; ¿no sea que tenga miedo?

¿O que sepa que con tu Palabra todo debería cambiar?

Yo postergo, y tú me esperas sin reproches, en silencio.

Muchas veces me hablaste, y me hice el sordo; aún sabía que me hablabas, y no quise escucharte.

Así llego, siguiendo mi camino, mientras que tú vuelves a recordarme tu Palabra.

¿Desde cuándo me hablas?; el tiempo se hizo largo, Señor.

¿Por qué por tanto tiempo no quise escucharte?

Tú lo sabes, yo sólo sé que no te respondía.

Muchos movimientos en la Iglesia se guían con la Biblia en la mano; cuando se reúnen, les llega el momento sagrado, y piden la bendición del Señor, para que la mano, que abra la Biblia, busque la Palabra y la halle oportuna por la vida que deben llevar, porque el Señor quiere llevarla.

Se abre el Señor ante nuestras vidas; una luz cae de repente, en un momento casi no esperado; es la que nos lleva por el camino que nos toca transitar, porque el Señor guía nuestros pasos.

¿Cómo anunciar lo que el Señor me pide?

¿Cómo comprender su Palabra que es distinta?

Me cuesta el lenguaje del Señor; no obstante, en la medida en que voy cumpliendo con lo que Él me propone, su Voz se proyecta aún más confiable; y la vida que le responde, hace comprender su Palabra.

Tu Palabra respeta mi libertad; y llegas, Señor, para nacer en mí, por medio de la Palabra.

Me parece que estás en mi modo de mirar, de sentir, porque aún no llego a mi corazón, para verte quién eres y qué haces. A la vez, estás a la puerta, con tu Palabra; y Ella es como un soplo que desea promover a mi espíritu.

Tu Palabra, Señor, llega a lo más profundo de mi ser.

Nace la Vida en la profundidad del espíritu; de este modo, enfrentas mi debilidad; ya no hay fuerza que se oponga, mientras estás en mi interior.

Señor, de todo corazón, acepto tu Presencia.

Mi corazón es pequeño; no sé si mi invitación vale.

Te digo que sí; y Tú, ya obras en mi vida; antes de que diga.

Estás en mi camino, presientes un sí tan débil, pero esperado.

Ahora, ya te recibo, Señor.

Me costó decirte que sí; por eso, mi espíritu goza aún más.

Luego de las luchas, mientras buscaba mi camino, abandono mis proyectos que sólo desgarraron mi vida.

La dejo en tus manos; es que sólo tú me salvas.

Tu Palabra me llega hondamente, y tú estás en Ella.

No sé por dónde me llevas para ordenar mi vida; pero sé que me vas a conducir por un buen camino.

Mientras tanto, debes destruir mis proyectos, con tu Palabra.

Te entrego, Señor, mi libertad; ya no me asusto, porque al estar en tus manos, estoy bien.

3. TE RECIBO, PROMETO SERTE FIEL.

(16 de agosto - primer día de la novena)

a. LOS SIGNOS

La gente busca tu Presencia, Señor, que aún confirmaría tu Gracia; y no le serán dados otros signos más que éstos, que ya tiene.

Entonces, los que ven, verán aún más; los que no ven, les será quitado lo que les llega.

Señor, deseo verte y oírte; y no puede llegar a ti, mi mente y mi corazón, si no me ofreces tu mirada y tu modo de sentir.

Tu Presencia abunda para mi corazón que es pobre.

Me detengo perdido, casi sin ver; perdóname, Señor, por mi falta de fe, y dame tu tiempo para poder verte.

Luego de vivir como un ciego, sigo haciendo esos pequeños pasos en medio de la oscuridad.

Llévame, Señor, por tu camino.

Me dices que la vida está plena de tu Presencia; de ese modo, vas llenando el mundo.

Tu Presencia es Vida, es Amor y Paz.

Entonces, ¿por qué pareces desapercibido y casi perdido?

Aún, fuiste así, cuando caminabas por la tierra.

Pero va a llegar la hora, para que el mundo te vea.

Los hombres esperan de tus signos para aferrarse a ti, Señor; son humanos y tú quieres llegar por lo humano.

Al ver las señales de tu Presencia, se llenan los corazones; lo que les llega por los ojos, los encamina a lo que tú, Señor, les entregas.

Entonces, te pido, Señor, que me hables de ti, de modo, que pueda alcanzar a mis hermanos; así llegas a ellos y se alegran nuestros corazones.

Los Sacramentos son signos de la Presencia del Señor; son la Presencia por medio de los signos; quien la ve, se acerca; y si no la ve, se retira escandalizado.

En las raíces de los Sacramentos está la Presencia de Jesús, pues Él quiso expresarse de esta manera.

b. EL SEÑOR ES FIEL; QUE SEAN UNO.

Los discípulos se sorprenden en demasía, cuando Jesús les habla del vínculo del matrimonio; parece imposible su modo de pensar; a la vez, sus mentes aún están en otra cosa, en el mundo, con la gente que es débil y fracasa.

Cuando vuelven a preguntar a Jesús para que les aclare, quizás presienten su visión, la que viene por la gracia que toca la vida; en fin, lo que es imposible para el hombre, es posible para el Señor.

Las crisis de las familias nos asustan; vivimos en un mundo que no sabe enfrentar la realidad y sólo intenta sostenerla; y si lo logra en cierta medida, las nuevas crisis generan otras, hundiéndonos aún más.

¿Y qué hacer frente a la vida?

El mundo nos confunde, mientras proyecta las soluciones y justifica las conductas y los hechos, y nos trae sus recetas.

Quizás, al engañarnos de ese modo, queremos lograr un poco de seguridad, en medio de una realidad que se nos escapa; y como no podemos ver otra cosa, seguimos en el camino.

Frente a la realidad, viene Jesús con su Proyecto que parece extraño o casi imposible de realizarlo; sin embargo, no es el proyecto del hombre, sino del Señor.

Cuando la gracia del Señor toca profundamente, toda la vida se despierta en el espíritu para iniciar su crecimiento según

los principios divinos; y aún se predispone a superar lo que ha asumido durante mucho tiempo. De este modo, se inicia un largo camino que costará muchos esfuerzos, hasta que el ser humano llegue donde debe llegar, a pesar de que el sendero está lleno de dolor, de guerras y de luchas; y como el Señor obra, todo se resolverá.

El Sacramento del Matrimonio resguarda toda la gracia por el bien de los novios, y por su felicidad. Jesús les ofrece su bendición, para que enfrenten la vida no según el mundo, sino como la inspira el Señor. Si los novios lo esperan, encontrarán todo y aún más; recibirán lo que el Señor tiene previsto para ellos.

Jesús desea que inicien la vida en su Nombre, como hallados en Él, transformados por su gracia. Los sella unidos con sus corazones abiertos, mientras deposita su gracia, para que sus vidas se expresen. Si antes, experimentaban profundamente la gracia del Señor, ahora, los dos se miran en su interior y ven lo que Él deposita en ellos; entonces, todo se multiplica.

Sigo reflexionando sobre la familia y lo sagrado, mientras van desfilando ante mis ojos las familias tristes y enfermas. ¿Qué puedo hacer frente al dolor? No más que compartirlo, llevándolo como una cruz por los hermanos que sufren. Ojalá, la angustia no les encierre en el camino; que se hallen en el Señor, que Él les dé la paz, más allá de las tormentas. Parece que, frente al dolor, el Señor quiere que los cristianos den la imagen de familias felices, porque Jesús está en sus vidas; ellos lo han encontrado, y Él los abrió a la vida; a la vez, los abrió la puerta a la unión entre los dos, y en medio de la unión del Señor, proyectan la vida según Él.

Cada crisis del matrimonio es una señal de las realidades no resueltas. Pues, si los dos llegasen a Jesús, para empezar con

Él, no solamente se hallarían en medio de sus vidas, sino que buscarían un modo para estar en paz y felices.

Lo que pasa, es que cuando caen los techos y los puentes, es difícil pensar en la reconstrucción de la vida; a veces, hasta se quiere ayudar a que los puentes se destruyan cuanto antes.

Sigo orando por las familias fracasadas, por los resentidos y engañados, por los perdidos y confundidos; que la paz les permita mirarse mejor y, de este modo, puedan reconciliarse y reconstruir la vida sobre el perdón; entonces, sabrán asumir sus vidas, no correrán como ciegos a nuevos golpes.

La parte espiritual es válida para los dos esposos, para poder reencontrarse; pues donde está el Señor, se comprenden las vidas, los compromisos; al poder ver la vida con el espíritu, es posible vivir en el matrimonio; en otros casos, se buscan modos de convivencia, aún degradando a la persona.

"Te recibo y prometo serte fiel, hasta la muerte".

Con esta Palabra, llamamos al Señor y Él nos responde; es un llamado sagrado que atrae la presencia del Señor, para los dos que lo esperan en sus necesidades.

Si Él aún no resuelve como ellos quieren verlo, siempre les inspira por un bien verdadero.

4. BAUTIZA CON EL AGUA Y EL ESPÍRITU.

(17 de agosto - segundo día de la novena)

a. LA RENUNCIA

El rico se fue apenado; es que no quiso aceptar lo que Jesús le ofrecía; no supo abandonar todo, para recibir aún más.

¿Quizás, no fue la hora para él?

Jesús no quiso forzarlo, porque la libertad es tan sagrada, tan respetada; le dijo: "si quieres", dejándolo con la propuesta que pudiese abrirle el camino.

¡Qué difícil para los ricos es entrar en el Reino!

¿Porque no saben dejar los bienes ni su futuro?

Entonces, ¿nadie puede salvarlos?

Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.

Quien se desprende de lo material, sabe abrirse para el Señor, y deja su pobreza en los brazos del Padre.

De lo contrario, lleva la riqueza como una carga en la lucha por lo espiritual; y siempre le faltará para llegar a lo que el Señor le inspira.

No obstante, le queda la angustia, en el camino de la vida que no puede realizarse plena; si es que le inquieta la parte espiritual, sigue como paralizado, quizás, por toda su vida.

Señor, si hemos dejado todo, ¿qué vamos a recibir?

¿Realmente cien veces más, ya en este mundo?

¿Y quién lo entendió, aquel día, mientras debía desprenderse, al intuir que la actitud tenía mucha importancia?

Para lograr la plena comprensión de la decisión tomada, hay que ver lo que el Señor tiene proyectado; pero antes, sólo hay que abandonar todo, porque Él nos propone y nos inspira.

¿Me doy cuenta de las renunciaciones que me propone Jesús?

¡Y cuántas veces, Él me inspiraba y yo postergaba!
Entonces, me quedo donde estoy, aún sin saber adónde me
hubiese podido llevar mi Señor.
Tan sólo sé que Él pasó por mi vida, me lo dijo...
Lo que hubiese podido ser como una gracia, me queda como
una espina; pero igual, ha sido una gracia del Señor.

El Evangelio es una propuesta, una invitación.
Jesús propone lo que sería para nuestra vida, y casi no lo
explica; luego, el tiempo aclara todo, y los que le responden,
lo verán; los que no le responden, no lo ven ni lo verán; en
fin, es la respuesta que abre a la luz y a la comprensión.

b. CONVERTÍOS

Apareció Juan en el desierto; habló de la conversión.
A muchos no les gustó; es que no era fácil aceptar que había
que convertirse.
Muchos lo escuchaban, no sabría decir con qué sentimientos,
y algunos le respondieron, pues llevaba la Palabra del Señor.
Y para ellos, llegó la hora de la conversión.

Los que entran en el camino del Señor, reciben el bautismo y
asumen la gracia.
Mientras el hacha está puesta para cortar, no hay más tiempo
para esperar; así es la vida: llega la hora, hay que cambiar de
veras; si no nos decidimos hoy, mañana es tarde.
¿Cuántas veces pensábamos en el cambio, postergándolo?
Pero es la hora; tan sólo hay que tomar una nueva actitud.

Conviértanse, no sigan más en vuestro camino.
Viene Jesús, pueden encontrarse con Él; pero la condición es
que se conviertan.

Él pasará frente a vosotros.

¡Qué triste sería vuestra vida, si no lo viesen!

Conviértanse, abandonen vuestras actitudes.
Ya saben lo que deben hacer; de todos modos, se los digo.
Si me lo piden, es porque quieren asegurarse.
Quien se convierte de veras, verá a Jesús.

Sigo anunciando su Venida.
Sólo grito por la conversión; es la única palabra que tengo;
porque sin la conversión, no pueden encontrarse con Jesús.
Ustedes dicen que lo esperan; entonces, conviértanse.

c. APARECE JESÚS

Aparece Jesús y pide el bautismo.
Juan lo acepta, porque ése es el designio; no le puede negar a
Jesús, si es un simple instrumento para la gloria del Señor.

Viene el Espíritu Santo enviado de los Cielos.
Él permanece en la vida de Jesús; sin embargo, hoy la inunda
con su Presencia.

El Padre con su voz potente, dice: "es mi Hijo predilecto".
Mientras tanto, Juan ve todo esto.
Entonces, ¿para qué bautizar, para qué predicar?
Si Jesús está, a Juan le queda sólo retirarse.

Si renunciamos al pecado, dejamos el espacio para Jesús.
Entonces, Él viene pleno del Espíritu, desde su Padre amado,
para inundar nuestra vida; inicia un nuevo sendero por donde
el Señor nos llama.

¿Qué hará de mi vida?
No sé qué hará Jesús, pero la llevará donde el Señor desea
llevarla, hará lo que el Padre guarda para mí, desde siempre.

Tan sólo acepto el camino que no comprendo, mientras que
Él me inspira que lo haga; entonces, lo asumo.

Desde que Jesús está en mí, voy hallando la seguridad; pues,
Él asume mi vida, la que debe transformar, mientras enfrenta
mi miedo, mi pena y mi dolor.

¿Por dónde me llevará?
No lo sé, no lo entiendo; lo que presiento, es que le llevará
mucho tiempo; y en ese tiempo, irá transformando mi vida,
que será para la gloria del Señor.

Presiento que desciende su Espíritu.
Escucho la Voz de mi Padre.
El Padre de Jesús es también mi Padre.
A ese milagro lo guardo para todos los días que me quedan.

5. OS ENSEÑARÁ TODO

(18 de agosto - tercer día de la novena)

a. ÉL ME LLAMÓ

Si soy cristiano, es porque Jesús me había llamado.

Siuviésemos la noción del llamado del Señor, seríamos muy distintos; nuestra vida sería un seguimiento de Jesús.

Me queda recordar mi llamado, si es que puedo encontrar en mi corazón, aquella vivencia con el Señor.

Debo volver a aquella hora, cuando nos vimos cara a cara, y Él me dijo que le siguiese.

Aún respetó mi libertad; no obstante, sentí que debía aceptar su propuesta; ¿cómo le respondí entonces?

b. LA MIES ES GRANDE

En la medida en que Jesús nos transforma, se nos proyecta la perspectiva hacia el mundo.

Cuando toda la vida cambia, mientras Él está en nosotros, empezamos a ver el gran campo para el Señor; pues, la mies es grande y los obreros anuncian el Reino a cualquier hora. ¿Quiénes son esos obreros del Reino del Señor?

¿No es que nos quedamos atrás, en el camino, cuando Jesús espera la respuesta? ¿O es que Él nos prepara y ni siquiera nos damos cuenta de sus intenciones?

Quizás por ahora, no lo vemos, y lo negamos; pero es cierto que estamos en el sendero de llevar a Jesús a los hermanos.

Mientras que los discípulos están con Jesús, Él les envía a cumplir con ciertas tareas; no siempre saben resolverlas bien, pero ya tienen claridad de ser enviados; y Jesús vuelve con frecuencia al compromiso.

Cuando regresan, los instruye y los tranquiliza a la vez; les aclara ciertas vivencias que les tocan.

Pero el camino está abierto; ellos saben que, si quieren seguir a Jesús, no deben renunciar a la misión; es tan clara, que ni siquiera puede pasar por sus mentes que Jesús les dispensase de ella, es la parte esencial del seguimiento.

En el Cenáculo, Jesús vuelve una vez más, a la misión, y les asegura la Venida del Espíritu, quien seguirá enseñándoles. Luego de vivenciar la Enseñanza y de transformar sus vidas, les habla del Espíritu Santo; pues, ante la Vida de Jesús y su Enseñanza, está por venir el Espíritu, para llevar la Gran Misión a la plenitud.

c. EL ESPÍRITU VIENE

Esperen a que venga, porque va a venir.

Ustedes lo van a recibir cuando llegue la hora; y mientras tanto, oren y vigilen; la hora está por llegar.

Les he dado toda la Enseñanza con el poder del Espíritu, he transformado vuestras vidas; pero necesitan al Espíritu para transmitir fielmente, lo que os he enseñado.

Luego de la Ascensión del Señor, los discípulos empiezan la vigilia, se preparan para el Día del Espíritu; pues la oración es un clima apropiado para esperarlo.

Cada novena tiene importancia, pero la del Espíritu es como si estuviese en primer lugar; es para los cristianos que llegan a cierta madurez, para poder hablar en el Nombre de Jesús, mientras lo anuncian a los hermanos.

El Espíritu viene en la gran hora de la vida, y es Él que nos promueve con el Mensaje de Jesús; entonces, será claro, y no podremos callar lo que el Señor espera de nosotros.

El Señor nos unge con el Espíritu, nos destina para la misión, mientras el Padre nos confirma como hijos predilectos, para llevar su Nombre, en el Nombre de Jesús.

A la vez, está prevista la gracia para los que nos escuchen; y oirán los que deben oír, porque nos envía el mismo Señor con el poder del Espíritu.

d. EL LAICADO

Si los laicos responden al Espíritu, aún se abre para ellos un sendero por donde Él les hará caminar, en medio de la Obra de Jesús y la Misión encomendada por Él; pues ellos están en la Obra del Señor.

Animados por el Espíritu, proclaman la Palabra; así anuncian a Jesús; y es Él, a Quien encontraron, Quien ha transformado sus vidas; lo proclaman, dan testimonio de su Vida; lo llevan con el poder del Espíritu, como Él los inspira a cada instante.

El lenguaje que emplean es de Jesús asumido en sus vidas; es de una vida transformada, que encuentra su modo de hablar; de por sí, lleva mucha fuerza.

No hay que tener miedo, si Jesús está en nuestra vida; pues todo viene de Él, para poder expresarlo.

Si Él está de verdad, lo ven los que deben verlo, y al Espíritu lo reconocen por su misteriosa fuerza; entonces, hablan en el Nombre de Jesús con el poder del Espíritu.

6. HAGAN ESTO EN MEMORIA MÍA

(19 de agosto - cuarto día de la novena)

a. EL PAN DE VIDA

Recibimos el Cuerpo y la Sangre de Jesús, Alimento que Él nos deja en el Camino, pues necesitamos del Pan de Vida para vivir como Él nos propone; no podemos lograrlo sin su ayuda ni su presencia.

Quien cree que por sus propios méritos puede seguir en el camino, no sabe medir las fuerzas ni lo que debe enfrentar en medio del mundo con sus crisis.

Para seguir a Jesús, hay que recibir la luz de los Cielos, y aún alimentarse con el Pan de la Vida.

Experimentar la Vida que viene de Jesús, en la Comunión con Él, es lograr ver que nuestra vida lleva Vida, porque en ella está Jesús entregado plenamente.

b. HACIA EL CENÁCULO

Existe el hilo que viene del primer encuentro con Jesús y lleva al Cenáculo; es un camino para recorrer con Él.

Jesús conduce a sus discípulos, al enseñarles con su Vida, para llegar a la hora que culmina en la Cena.

La Enseñanza de Jesús surge en su Corazón.

Si es que Él transmite su Vida, a la vez, la promueve; lo que los discípulos aprenden del Maestro, aún se transforma en la Vida en ellos.

Cuando llega la hora, no les llama sus siervos, sino amigos; y se permite compartir plenamente, entregándoles su Vida.

La vida se va transformando; mientras recibe paz, amor y

luz, aún adquiere la nueva comprensión que viene del Padre; por eso, puede ver un cambio tan fundamental, pues llega a una nueva Vida, grabada en la profundidad del corazón. Hoy, la despierta Jesús y la abre hacia el Señor.

Al comienzo, Jesús pronunció las Bienaventuranzas. En aquel entonces, parecían exageradas e impactaban con mucha fuerza; luego, la Nueva Enseñanza las ilumina y no sólo se ven comprensibles, sino que encaminan a un estilo de vida, a un claro proyecto para enfrentar el mundo.

En el camino, la reconciliación es importante, pues lleva al encuentro con el Señor, consigo mismo y los hermanos; tan sólo los reconciliados comprenden bien el mundo, siendo un fermento de una vida hallada en el Señor.

La reconciliación sabe de los tiempos de guerras, de pena, de ceguera, de impaciencia, cuando le llega la paz de los cielos, hasta que la vida se abra a la luz de Jesús.

Y cuando llega la hora, como si fuese de un árbol crecido, se reúnen los discípulos con su Maestro.

Ellos aprendieron de Él, lo que deben aprender; y si saben leer la Enseñanza en sus corazones, pueden transmitirla.

Entonces, es la hora de compartir festejando; el Maestro lava los pies a sus discípulos, y va a cenar con ellos, mientras se les entrega plenamente.

El Amor que les une al Maestro, les abre hacia el mundo.

Será garantía para ser fieles a la Enseñanza.

Es la Fiesta del Amor; Jesús se entrega a sus discípulos y ellos le entregan sus vidas, en el mundo.

c. EL AMOR Y LA ENTREGA

La Última Cena está plena del Amor.

Antes, Jesús envolvía a sus discípulos con el amor del Padre, que los iba transformando; ahora, ya no sólo lo viven y les llena, sino que lo desean transmitir como Él les había dado. Al vivir el Amor, llevan la misión de Jesús; amándose llevan el Amor, inician la Misión que se abre al mundo desde un pequeño Cenáculo.

La Eucaristía en cada Comunidad, es el signo del Encuentro, después de muchas vivencias con Jesús.
Si Él propone compartir la Cena, en su Nombre, ya plenos de su Amor, compartimos su Vida;
Luego nos envía a enfrentar el mundo, unidos en su Amor.

Después del Cenáculo, Jesús se encamina con la Cruz; y los discípulos van a entregar sus vidas por los hermanos.
Pues si Jesús se entrega, nos promueve a las entregas cada vez más grandes, mientras luchamos por Él, en el mundo.

La Eucaristía siempre nos compromete.
Jesús nos lleva a la Entrega por la salvación de los hermanos; nos despierta con la gran fortaleza contra el mal del mundo; pero lo comprenden los que asumen a Jesús.
Hoy, Él comparte con sus discípulos; mañana, ellos van a los hermanos, a llevarles a Jesús: el Amor y la Paz, el Perdón y la Misericordia.

7. PAZ Y AMOR

(20 de agosto - quinto día de la novena)

a. LA PAZ ESTÉ CON USTEDES

La paz es tan propia del Evangelio, de modo que, al Mensaje de Jesús podríamos llamarlo el Evangelio de la Paz; pues sin ella casi no existe el Evangelio.

A este Mensaje lo llevan sus discípulos.

Cuando les enviaba, les decía que llevasen la paz.

De esta manera, entraban en el clima para poder despertar la vida delante del Señor.

Los discípulos lo tenían claro; mientras transmitían paz, en algún sentido, aportaban para una nueva vida.

¿Qué es la paz?

Es el don del Señor, más allá de una vida pacificada.

No logramos ver que la vida esté calma para siempre, pero sí podemos presentir en ella, como una corriente que nos llega del Señor, cierta armonía que nos aquieta.

No sé qué es la paz ni cómo definirla, pero al poder sentirla, algo pasa por la vida que se detiene con serenidad.

Si la paz es una Gracia, aún podemos ser sus instrumentos, siempre y cuando la vida se aquiete en medio de la paz.

La recibimos del Señor, con frecuencia, por medio de los hermanos; es que ellos dan paz y gozan de ella en el Señor.

¡Qué grande es sentir que alguien recibe paz desde Jesús, por medio de nuestra vida! ¡Y qué bueno es ver lo que promueve la paz en la vida del hermano!

¡Cómo se abre la vida con confianza, al vencer sus miedos y prejuicios! Pues, el Señor obra de esta manera.

La paz nos lleva a comprender la vida, tanto la nuestra, como la de los hermanos; es que entra en ellas como el aire, para poder respirar; y los que la llevan, se abren a la visión que nos viene del Señor en medio de las vidas.

Entonces, ¡qué grande es ver al Señor que contempla nuestra realidad!

Quien comprende la vida, debe enseñar cómo comprenderla; es necesario lograrlo para poder ayudar a reconciliarse; y la reconciliación viene, cuando ponemos toda la confianza en el Señor, en el clima de la paz que nos permite ver la vida a la luz del Señor y aún comprender nuestras debilidades.

No sólo para buscar el perdón del Señor, sino para que nos perdonemos en medio de los hermanos.

Es que, sin el perdón, aún nos quedan las vivencias que nos pesan, nos avergüenzan y nos llenan de pena y de dolor; y a esas vivencias hay que vencerlas, buscando la Luz, hasta que nuestro corazón se aquiete, y que el Señor transforme nuestro modo de ver y de sentir.

La reconciliación tiene su propio camino, en medio de la paz ya sostenida en nuestro interior.

b. A AMAR CON EL CORAZÓN DE JESÚS

Jesús da paz y ama con mucha transparencia.

Los pecadores se acercan a Él, y al recibir su paz y su amor, se encuentran con el Señor quien los reconcilia.

El amor es la fuerza que anima a vivir.

Si es verdadero, despierta la vida de veras.

Y si es confuso, puede sembrar confusiones.

El pecado aún tiene que ver con la falta de amor, y destruye la vida de distintos modos; pero ahora, el amor empieza a construirla en el tiempo del Señor.

Para llegar a amar como Jesús ama, hay que recorrer un largo camino, mientras que Él sana muchas vivencias en nosotros. Al comienzo, el Amor de Jesús viene como un sueño; y con el tiempo, cuando ya intuimos lo que es su Amor, la vida comienza a recobrar un verdadero sentido, para poder crecer a la luz del Señor.

Todo llevará su tiempo, diría largo tiempo.
No obstante, es posible llegar, algún día, a amar como Jesús, sin rencor ni resentimientos, sin miedo ni pena, ni angustia, con la plena serenidad del espíritu.
Si bien, la vida no es perfecta y trae nuevas vivencias que nos confunden, como Jesús está en ella, el Amor se renueva como el agua, mientras sigue resurgiendo.

El amor y la paz se corresponden; se apoyan en medio de una realidad que se va encontrando en el Señor.
La vida no sólo se reconcilia, sino que se renueva, pues se va transformando en la Vida de Jesús, en nosotros.

Este Jesús, quien hizo experimentar a los discípulos, el Amor que viene de los Cielos, ya resucitado, les da la paz una vez más, como poniendo el sello sobre sus vidas.
Les da al Espíritu para que vayan a los hermanos; y que les lleven paz y amor en medio del poder del Espíritu Santo.
Éste es el camino por donde Jesús quiere llevar el mundo tan alejado del Señor.

Mientras nos acercamos al hermano sacerdote, para buscar paz, amor y comprensión, porque los esperamos para poder empezar de modo diferente, aún queremos recibir al Espíritu en nuestra vida; y si lo hallamos, ya no nos rebelamos más contra el Sacramento de la Reconciliación.

Jesús nos impacta con su Paz y su Amor; y mientras la gracia del Espíritu toca la vida, la misma comienza a reconciliarse; y si llega al encuentro con el Señor y consigo misma, surge el Amor que comienza a generar una vida distinta. Todo lleva su tiempo; pero entre el dolor, los sufrimientos y penas, se inicia lo nuevo.

No podemos esperar que todo sea resuelto instantáneamente, sino que más bien, lo percibimos como un impulso hacia una nueva realidad. No obstante, en medio de la muerte, resurge como un rebrote; y de este modo, Jesús, comienza a vencer nuestra vida.

8. AL SERVICIO DE LA VIDA.

(21 de agosto - sexto día de la novena)

a. PROCLAMAMOS TU RESURRECCIÓN

Los cristianos anuncian la Vida.

Como han encontrado a Jesús, lo van proclamando y Él, al vencer nuestra muerte, nos abrió a la Vida; y la descubrimos en nuestro interior ya transformado.

Jesús no sólo enfrenta nuestros pensamientos muertos y los sentimientos confusos, sino que más bien, se opone a la oscuridad del espíritu, hasta que la vida se permita inspirar por el Señor; y debe vencer todos los obstáculos, mientras que muchos de ellos son ignorados por nosotros.

El mundo nos confunde, al tener su modo de ver y de sentir; hay ciertos caminos trazados, en medio de lo que el hombre programa; en tantas cosas, ni siquiera sabemos si actuamos bien o no.

Las cosas del mundo son muy fuertes, y nos confunden en nuestro corazón de modo que, en fin, no alcanzamos ver si lo que pensamos es nuestro o la influencia de los demás.

Nuestro camino es descubrir lo que el Señor despierta en el corazón, la Vida que Él anima.

Me atrevo a decir que muchas cosas nos llevan a la muerte, mientras que Jesús despierta la Vida del Señor; y es la que debemos cuidar con mucha atención.

Si bien, la Vida está sembrada en nuestro reencuentro con el Señor, con el tiempo, podemos abrirnos a los hermanos, y ser como una puerta abierta para la Vida que pasa por nosotros hacia ellos; es que debemos ser sembradores de la Vida, no de la muerte.

Aquí se miden las fuerzas: la del Señor con del mundo, y nosotros estamos entre la dos, por la gracia de los Cielos.

b. EN DEFENSA DE LA VIDA

Los cimientos del Evangelio son: la Paz y el Amor, la Luz y la Vida. Quien se deja llevar por esos principios, se hallará en el Camino que el Señor espera del hombre.

Quizás el hombre necesite mucho tiempo, para enfrentar sus vivencias, pero llegará a la Vida verdadera.

La defensa de la Vida resurge en el corazón que vibra por la gracia del Señor; este corazón ve lo que es justo, mientras la paz le permite ver de un modo diferente.

Y el amor nos moldea hacia el verdadero servicio, con el bien que nace en el espíritu.

La mujer, frente a la vida, está confundida por lo que dice el mundo; y debe enfrentarse, para que su corazón crezca.

Mientras escucha al Señor, recibe paz y amor, hasta que vea su verdadera vocación que está en ella misma.

El Señor habla siempre a la hora justa, pero hay que pasar el tiempo de las guerras; luego, la certeza de lo verdadero se expresa con serenidad y con amor.

La vida se realiza en medio de la misma vida; es la bendición del Señor; Él bendice a la vida y la multiplica.

Ella, si recibe al Señor, es vida siempre, es grande.

El Señor viene por la vida, en todas las circunstancias, y no sólo la salva, sino que la abre a la felicidad.

Podemos imaginarnos de qué condición eran aquellos que se acercaban a Jesús, y le acompañaban; y cómo eran sus vidas; hoy, sus vivencias tienen valor y lo vamos descubriendo.

Debemos descubrir el valor, cuando la madre soltera queda

embarazada, o porque viene un hijo más; y también, cuando los padres se separan y la mujer se queda sola con sus hijos. Hay que ver las vidas en medio del dolor y de la pobreza, de la enfermedad y de la vejez.

¿Quién nos da esta verdadera visión? Es la de Jesús, el dador de la Vida, a la Luz del Espíritu.

Jesús nos da la paz y el amor; al reconciliarnos con el Señor y con nosotros mismos, nos abre a la Vida.

Pues Él es la Vida y la Gracia frente al mundo.

La mujer resurge por la vida, en el camino de la misma.

Las cosas del mundo, las tareas, los trabajos y las exigencias no pueden perturbar lo fundamental, que es su apertura hacia la vida, el nacimiento y el crecimiento.

Si la mujer está abierta a dar a luz, la vida le hace ser feliz.

Y es cierto que ella, por su instinto, hace nacer la vida en tantos seres que están muertos y confundidos.

c. MARÍA, OASIS DE LA VIDA

Ella es como la tierra pura del Señor; asume la Vida del Hijo del Padre, por la obra del Espíritu.

Llena de gracia, asume a Jesús en el mundo; abre el espacio para Él, Vida plena, toda la gracia.

Es el Oasis de la Vida, donde se hallan los que la buscan.

Hay un lugar en nosotros, donde el Señor implanta la Vida de Jesús; es propio del Señor, un pequeño oasis, donde inicia la Vida; si prende y se arraiga, entonces, hasta lo muerto se pone a su servicio.

Cuando la Vida de Jesús ya es grande, cubre a nuestra tierra; y la tierra sirve, para que Jesús entre en el mundo.

Contemplemos la Vida del Señor en María, en nosotros.

Ella es Madre de Jesús, de toda su Vida en el mundo.

Es Madre de la Vida del Señor en nosotros.
¡Qué buena es Ella!

La Virgen nos lleva a la Vida que el Señor implanta, y nos pone al servicio de la misma.
Por la obra del Espíritu, aún nos posibilita ver cómo el Señor transforma nuestra Vida; y siempre es Ella, con su Corazón hallado en Jesús.

Cuando pienso en el Señor, contemplo lo que Él hace en mí, por la Vida que Jesús sigue transformando.
Quiero llegar a la verdadera Vida; a sentirla, a vivirla y aún esperar lo que el Señor espera de mí.

Jesús siempre lleva a la Vida: la siembra, la espera a que prenda y crezca abriéndose en el espacio del Señor.
Él la siembra en nosotros, para hacerla crecer.
Luego, seremos sembradores de la Vida en los hermanos, en medio del mundo, en el clima de paz y de amor.

9. LOS TESTIGOS DE LA ALIANZA

(22 de agosto - séptimo día de la novena)

a. OFRECERÁS A TU SEÑOR

Ayer llovió; fue la primera vez que estaba lloviendo.

Pasó una semana con un tiempo inseguro; las noches fueron frescas y los días casi no querían despertarse; y luego, el sol aparecía de sorpresa, hasta hacía calor; pues volvía la alegría, y el pueblo debía festejarla.

Dentro de tres días la Fiesta: ¿quién no la sabe de los que viven aquí?; y si no todos participan, aún lo viven en su corazón.

El domingo vuelvo al Sacerdocio; contemplo a la gracia que el Señor había depositado en mi corazón.

Estoy feliz, oro por vivir fielmente lo que Él espera de mí; si me pone frente al pueblo, no me olvido de que cada día, debo pedir que moldee mi interior.

El Señor me pone como en un cruce o en un puente; quiere pasar por mi corazón hacia el pueblo, y que el pueblo llegue a Él por mi vida.

Y me pone de testigo, porque la Alianza se sella entre el pueblo y el Señor; soy del pueblo, frente a ti, Señor.

El Señor recibe la ofrenda de Abel, y no acepta la de Caín, porque su corazón no está entregado al Señor.

Caín enfrentará a su hermano y lo matará; el Señor reclamará su sangre; es que no puede perderse ni siquiera una gota de la sangre de un justo.

Después del diluvio, Noé baja del Arca, ofrece a los animales puros, agradeciendo al Señor por su salvación.

Al sentir el aroma de la ofrenda, el Señor dice: "Nunca más

maldeciré la tierra por culpa del hombre, pues veo que desde su infancia está inclinado al mal." (Gen 8,21)

Abram abandona su tierra, porque el Señor lo llama. Cuando llega a la tierra del Señor, escucha la promesa: "Pues bien, toda la tierra que ves te la voy a dar para siempre, a ti y a toda tu descendencia. Multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra, de tal manera que, si se pudiera contar el polvo de la tierra, también se podría contar tu descendencia. Levántate y recorre el país a lo largo y a lo ancho, porque te lo voy a dar a ti". (Gen 13,15-17)

En la nueva tierra, Abram se establece y edifica un altar. "Yavé le dijo: 'Yo soy Yavé que te sacó de Ur de los caldeos para entregarte esta tierra en propiedad'. Abram le preguntó: 'Señor, ¿en qué conoceré yo que será mía?' Le contestó: 'tráeme una ternera, una cabra, y un carnero, todos de tres años, una paloma y una tórtola'. Y tomando él los animales, los partió por la mitad y puso una mitad frente a la otra". (Gen 15,8-10)

"Cuando el sol ya se había puesto y estaba todo oscuro, algo como un calentador humeante y una antorcha encendida pasaron por medio de aquellos animales partidos. Aquel día Yavé firmó una Alianza con Abram diciendo: 'A tu descendencia daré esta tierra desde el torrente de Egipto, al sur, hasta el río Eufrates, al norte'". (Gen 15,17-18)

Moisés, de parte del Señor, vive y lucha por el pueblo que sufre la esclavitud; ese pueblo llegará a la tierra prometida, porque el Señor lo salva, pero antes de partir de Egipto, aún festejan la Pascua del cordero y de la sangre derramada en las puertas de sus casas; y luego inician el camino en el Nombre del Señor.

En el desierto, renuevan su Alianza con el Señor; ellos le entregan la ofrenda, ante todo se purifican, mientras que Él graba sus mandamientos en el corazón del pueblo. Las ofrendas son signo del corazón entregado al Señor; pues, de este modo, caminan hacia la tierra prometida.

Cuando lleguen a la tierra del Señor, le ofrecerán los frutos de la tierra; así queda establecido para todo el tiempo, porque la Alianza debe ser recordada profundamente.

El pueblo tiene a los sacerdotes para las ofrendas; para pedir perdón y dar gracias al Señor.

Las ofrendas representan lo más puro para el Señor en medio de la tierra entregada al pueblo, con un corazón renovado.

b. LA OFRENDA DE JESÚS

El pueblo sufre mucho, cuando los sacerdotes del Templo no representan lo que el Señor espera de ellos; por eso, viene un tiempo muy difícil para el pueblo, para el Templo y para los sacerdotes; y aún, el pueblo ve la destrucción del Templo en dos oportunidades.

Después de la primera destrucción, con el tiempo, el pueblo regresa a la tierra del Señor, reconstruye el Templo y renueva las ofrendas; y los sacerdotes vuelven al Señor.

Con la segunda destrucción, el Templo no se recupera, pero Jesús entra en un nuevo Templo de nuestros tiempos.

Jesús, Gran Sacerdote, en el Nombre del Padre, nos conduce a la tierra prometida; y al entregar su Vida por un nuevo Pueblo, su Ofrenda queda como el Gran Testamento.

Él nos hace compartir su Vida y su Sangre, mientras sella la nueva Alianza con el Señor.

La crisis de la Ofrenda pasa por la crisis de la Alianza, y no todo el pueblo ve que está en el camino a la tierra prometida,

cuando renueva la Alianza con la Ofrenda de Jesús, su Vida y su Sangre.

Los sacerdotes representan la pureza, porque la Ofrenda debe ser pura, en medio de los corazones entregados al Señor.

La santa Misa es el Encuentro del pueblo que, al presentar la Ofrenda de Jesús, conmemora la Gran Alianza.

El pueblo renueva el Compromiso con el Señor; mientras se encamina a la tierra prometida, se reúne en el Templo que es el signo de la Alianza; es donde el Señor se compromete y el pueblo quiere serle fiel.

El Señor nos conduce a la vida plena; a la vez, nos lleva a la nueva tierra en este mundo; Él lo sabe, mientras nosotros lo vamos descubriendo.

Al ofrecer al Señor los frutos de la tierra, Jesús los bendice con su Presencia de Hijo de Dios, y los transforma en su Vida ante su Padre. En fin, somos testigos y partícipes de este gran Acontecimiento.

Nos queda orar por los sacerdotes, ante el Señor, para que Él les llame del pueblo, y cuando descubran el llamado, que lo acepten de corazón, por el bien del pueblo y por su propio camino que el Señor tiene para ellos.

Ellos, llamados del mismo pueblo, que sean santificados por ti, Señor, para presentar con las manos y los corazones puros, la Ofrenda de la Alianza.

Tu pueblo, Señor, presiente que debe seguir renovando la Alianza; pero alguien debe ponerse al frente, para decírselo. Si se lo dice, pronto el pueblo descubrirá lo que tú reclamas; pues tú, Señor, hablas tocando el corazón.

10. ÉL SANA SUS HERIDAS

(23 de agosto - octavo día de la novena)

a. LA LUZ DENTRO DEL DOLOR

Alguien puede preguntar si existe el vínculo entre el pecado la enfermedad. Creo que lo explica Jesús; cuando le traen al paralítico y lo ponen ante sus pies, Él se preocupa de su estado interior; mientras los acompañantes del enfermo se detienen en la enfermedad, Él perdona sus pecados.

Existe una conexión en medio de las realidades del hombre, de modo que es difícil separarlas; la parte espiritual y la física se traspasan, y nada del cuerpo está ajeno al espíritu. El pecado aún deja sus huellas en el miedo y en las culpas; y la tristeza y las penas nos carcomen, cuando adquieren su fuerza en medio del desorden que seguimos soportando.

La vida precisa su propio tiempo para llegar a la paz, porque estamos encerrados en medio de las vivencias; hay muchas cosas que no aceptamos, mientras que las mismas ya habían pasado; pero llega la hora cuando nos dejamos llevar por la gracia y no peleamos más en contra de nosotros; entonces, la vida y el espíritu se calman.

Si aún dentro del sufrimiento, hallamos paz, la enfermedad ya no es un problema tan grave.

Lo que buscan los moribundos, es la reconciliación, mientras que lo exterior casi no tiene importancia para ellos.

Con tan sólo llevar paz, calmamos el dolor.

Mientras llega la calma al espíritu, el dolor es diferente.

La paz brota del corazón, como un río de gracia; es la señal de la reconciliación.

La vida se despierta en el espíritu, la paz y el amor del Señor la abrazan; así, se va a expresar en todas nuestras realidades, también en el cuerpo que resurge.
Jesús transforma nuestras muertes, a la hora del Señor.

Los enfermos suelen entregar todo, cuando quieren vencer el dolor y luchan por salvarse.
Sin embargo, la vida se despierta en el espíritu; tan sólo un espíritu calmo, que se sostiene en el Señor, tiene la fuerza que lleva a los milagros de la vida.

b. SANA MI CORAZÓN

Señor, te agradezco por ver tanta gente que viene a Jesús; y vienen de todos lados y esperan mucho de Él.
No sé si van a recibir lo que le piden; creo recibirán aún más, si tienen fe.
Con sólo ver lo que hace Jesús, me lleno de alegría.

¿Qué puedo decir frente a Jesús que obra en las vidas?
Quisiera quedarme quieto y mudo; no tengo palabra.
He visto tantas cosas y todas son grandes.
Entonces, te alabo, Señor, en el silencio de mi corazón.

La gente viene; vienen los enfermos de corazón.
Tú, colgado en la Cruz, recibes las penas y culpas; y acoges las enfermedades.
Tu Amor alcanza para todos los que vienen a ti, Jesús.

Me acuerdo de mucha gente que sufre; sigo viendo sus caras y leo sus rostros.
Tú, Señor, me haces ver cómo actúas desde siempre; con la mirada de paz y de amor, llegas a las entrañas del corazón, y lo sanas.
Entonces, ¿qué más necesita el hombre?

Déjame acompañarte, Señor, y compartir un poco de tu paz y de tu amor.

¡Cómo quisiese estar contigo en el dolor de cada hermano, cuando tú sanas su corazón!

Me dices que, si el corazón está bien, el hombre está sano; por eso, llegas a sus heridas, penas y culpas.

¡Cuántas cosas están en el corazón!

El hombre no ve lo que pasa en su interior, entonces, ¿cómo espera algún cambio, antes de que lo sanes plenamente?

¡Cuántos quisiesen soltar el dolor de su corazón!; y mientras siguen entregados a los odios y resentimientos, no creen en el cambio.

Los corazones enfermos generan enfermedades, y la sangre contaminada las lleva a todos los espacios.

¡Quisiera decirles que tú Señor, aún sigues sanando!; pues, los que me escuchan, están dispuestos a buscarte.

Hoy quiero gritar que vengan los ciegos y sordos, los tullidos y leprosos, los que tienen hambre y que se sienten pecadores, todos, pues llega el Día y van a ver a Jesús; y para ellos, Él tiene la Palabra, aún llena de paz y de amor.

Jesús viene a sanar sus corazones.

La gente viene a Jesús del Milagro.

Ellos saben por qué vienen, más de lo que puedo decirles; yo sólo sé expresar las migajas de tu gracia, Señor.

No obstante, te pido que me hagas servidor tuyo, para poder ayudar a mis hermanos; que ellos vengan y tú se lo digas.

Mientras tanto, sigues calmando los corazones afligidos.

11. LOS NIÑOS

(24 de agosto - noveno día de la novena)

a. DEJEN QUE VENGAN LOS NIÑOS

Los niños vienen a Jesús, y Él los reclama.

Como tienen un lugar privilegiado, no podemos oponernos contra su decisión.

Las personas mayores se inquietan en la iglesia, porque ven a los pequeños que un poco molestan.

Me parece que ellas no quieren a los niños; pero Jesús los espera.

La madre aclara a su hijo que la iglesia es del Señor, lugar de respeto y de silencio; debe ser paciente, porque el niño tiene su tiempo de aprender.

Considero que la iglesia es importante para ellos; y en ella, tienen su lugar no sólo los mayores.

¿Es verdad que el niño no comprende ni recibe nada en la liturgia?; ¿quién lo puede asegurar?

Entonces, que los niños se queden en las liturgias; y que los mayores los acepten, respetándolos.

No se necesitan palabras para llegar a los niños; si ellos no razonan como los mayores, son aún más aptos para recibir de Jesús. Pues, les llega en abundancia, su Paz y Amor, y Vida, al estar abiertos para el Señor.

El niño lloraba durante el bautismo; le dije a la mamá que se quedase en paz, y se calmó el niño; es para que entiendan la sensibilidad que tienen ellos.

¡Cuánta vida del Señor reciben, cuando alguien les da paz!

La familia transmite vida, amor, paz; si los comparte con el

Señor, los transmite en abundancia.
Y los niños, cuando más temprano reciben ciertas vivencias,
más hondamente les quedan grabadas.
Es que las primeras vivencias del Señor no se borran jamás.

b. NO LOS ESCANDALICEN

Jesús habla del escándalo frente a los niños, porque no saben discernir ni pueden defenderse.

Aún los mayores se escandalizan, porque no han resuelto su vida; no la ven comprensivos, ni saben enfrentar la maldad.

El escándalo cae como la piedra a lo más hondo del corazón; se queda allí, actúa con mucha fuerza, y lleva a los cambios muy tristes, transforma a toda la vida.

La experiencia del niño es muy fuerte; suele marcar mucho en una vida inocente.

¡Cuántas vivencias nos entran casi inconscientemente!
Vienen como un ladrón, mientras la vida las recibe; luego, nos confundimos aún más, si no tenemos claridad para poder discernir; lo que nos llega, asumimos como algo propio, aún preguntamos si es malo, sin poder ver por qué lo es.

Asumimos muchas cosas, antes de poder defendernos.
Las semillas alcanzan a brotar, y se mezclan con otras vidas; y la cizaña se confunde con el trigo; de este modo, lo vamos llevando en una lucha por nuestra identidad; no obstante, es nuestro camino.

En el camino, los escándalos nos hunden, atropellando lo propio y puro de la vida.

Hay algunos que no pueden levantarse más; y llegan a un fin triste, lleno de desesperación, sin poder comprender su vida, tan sólo viendo el dolor.

Pero también, la vida sabe resurgir en medio de las cenizas;
porque el Señor halla su modo para salvarla.
Y cada salvación es un milagro del Señor.

¿Dónde estamos nosotros, en el camino de la vida?
¿Qué realidad llevamos desde hace tiempo?
Si llegamos al encuentro con el Señor, aún vuelven sus hijos
cansados de dolor, buscando paz.
El Señor nos acoge con paz y ternura; nos hace ver y sentir la
frescura de hijos que buscan su inocencia, aún sembrada por
Él, en nuestro interior.

Luego de pasar por tantas cosas, queremos volver a la pureza
del niño, a su mirada transparente, a su modo de ver alegre,
feliz e inocente; ¿es posible volver?
El Señor hace milagros, lo sabemos; pero nos cuesta creer
que esta gracia nos podría tocar.
No obstante, es lo que Él quiere lograr en nuestra vida.

Presentimos que nos encaminamos a lo que sería el sueño
sembrado por el Señor en nuestra vida.
Pero como nuestra fe está como quebrada, te pedimos, Jesús,
que la sanes, para poder ver.

Mañana la Fiesta; el pueblo la está esperando.
Vendrán muchos a la Fiesta del Milagro; ¿verán al Señor?
No me voy antes; me quedo para ver el Milagro del Señor, si
es que lo presiento en mi propia vida.
Y si no lo vivo, ¿para qué lo hago?
Entonces, deseo ver el Milagro de Jesús.

12. LA FIESTA DEL SEÑOR

(25 de agosto)

Terminé la novena, pero deseo quedarme un día más, para ver el pueblo en la Fiesta del Señor; no hay otro día tan importante como éste, para los que viven aquí.

Hace cuarenta y cinco años, el pueblo sufrió el terremoto. Como tuvo gran fe, pudo ver la salvación que le llegaba del Señor; y desde aquel día, salen las Imágenes. Los mayores lo recuerdan; y los que no vivieron en aquel tiempo, lo escuchan con respeto. Hoy, lo ven como la hora del Señor.

Salen del templo, las Imágenes y el pueblo. Son las vivencias muy fuertes; la historia se confunde con el presente, se revive aquella esperanza depositada en el Señor. Cuando la tierra se movía, la vida quedaba en suspenso. El hombre no sabía decir nada, sino sólo esperar. La historia lo recuerda y las Imágenes quedan levantadas, con un pueblo que pone su mirada en el Señor. Pues cuando el pueblo cree, Él responde.

No bien lo vi, recordé bien a Moisés y la serpiente de bronce, frente al pueblo que buscaba la salvación; pero aún más, veo a Jesús que, desde la Cruz, salva a la humanidad. Hoy, Jesús, sigue salvando a este pueblo, con su mirada en las Imágenes de Jesús y de la Virgen.

Es una tarde espléndida, llena de sol que abunda. La gente se queda en la plaza esperando, nadie se retira. Hasta el sol baja más lentamente. Todos están con las Imágenes de Jesús y de María; los miran con mucha fe, con respeto. Yo sólo me elevo en medio de los sentimientos del pueblo

que aún expresa lo más grande que tiene que ver con la Cruz
levantada sobre sus vidas.

Se presiente la salvación; y María está hundida en la realidad
del pueblo.

El sol baja lentamente; nadie tiene apuro de retirarse.

Todos expresan lo mismo, porque el Señor les inspira para
que lo vivencien en el Día de la Gloria y de la Salvación.

¡Qué grande es ver al Señor que salva a su pueblo!

Porque, ¿quién otro podría hacerlo?

El pueblo está solemne; no se va ni tiene apuro.

Me voy agradecido al Señor por vivir el Gran Día, que me
recuerda a Moisés y a Jesús, y a otras obras del Señor.

Siento que la historia está muy cercana; entonces, ¡cómo no
alabar a Dios, y cómo no decirlo a todo el mundo!

Y lo escribo por aquellos que no lo vieron, pero desean creer.

PREFACIO	3
1. MARÍA ENTRÓ EN SU CASA Y LA SALUDÓ	5
2. LOS QUE ESCUCHAN LA PALABRA	7
3. TE RECIBO, PROMETO SERTE FIEL	9
a. Los signos	9
b. El Señor es fiel; que sean uno	10
4. BAUTIZA CON EL AGUA Y EL ESPÍRITU	13
a. La renuncia	13
b. Convertíos	14
c. Aparece Jesús	15
5. OS ENSEÑARÁ TODO	17
a. Él me llamó	17
b. La mies es grande	17
c. El Espíritu viene	18
d. El laicado	19
6. HAGAN ESTO EN MEMORIA MÍA	21
a. El Pan de Vida	21
b. Hacia el cenáculo	21
c. El amor y la entrega	22
7. PAZ Y AMOR	25
a. La paz esté con ustedes	25
b. A amar con el corazón de Jesús	26
8. AL SERVICIO DE LA VIDA	29
a. Proclamamos tu Resurrección	29
b. En defensa de la vida	30
c. María, oasis de la Vida	31
9. LOS TESTIGOS DE LA ALIANZA	33
a. Ofrecerás a tu Señor	33
b. La Ofrenda de Jesús	35
10. ÉL SANA SUS HERIDAS	37
a. La luz dentro del dolor	37
b. Sana mi corazón	38
11. LOS NIÑOS	41
a. Dejen venir a los niños	41
b. No los escandalicen	42
12. LA FIESTA DEL SEÑOR	45

